



Jorge F. Méndez

Coach y Asesor de Ejecutivos

www.jorgefmendez.com

Twitter: @jorgefmendez.com

Mirar la miseria a los ojos

Salgo de la ducha, corro la florida cortina de nylon y aún resuena la desatinada sinfonía de aquel grifo que se queja. La toalla desteñida, seca mi cuerpo. Sacudo mi pantalón de siempre, con rodilleras que no combinan y me percató que uno de los bolsillos está descosido. El alfiler de gancho guiña su ojo y sostiene entretanto a la pretina. El viejo cinturón de agujeros caseros recorre vuelta y media mi cintura. Empujo hacia el fondo mi camisa embolsada con botones de otro color, le encajo el abrigo, heredado de no se quien y guardo mis guantes remendados en el bolsillo que sirve. Los cordones deshilachados lucen orondos en mis zapatillas de marca ilegible y mis medias con sus elásticos vencidos. Y el peine negro sin frenillos hace de las suyas en mi revuelto cabello perfumado de jabón de barra.

Doy un paso y estoy en la cocina. La mesa un tanto coja sostiene al mantel quemado de cigarro y el pan de la mañana, arrancado con mis manos se hunde en aquel tazón hirviendo de leche en polvo, incrustando aún más su pérfido olor en mis sienes. Y entonces con ritmo sutil, el cajón de los cubiertos rechina y como despidiéndome, la puerta del placard no cierra. Ya me voy.

Debajo de un brazo la pelota. En el otro, los cuadernos forrados con papel de diario. Y ese maldito olor a humedad que me acompaña hasta la reja. Al fin escucho, como ráfaga fría, la voz autoritaria y tierna de mi madre, que se acerca para besar mi frente y de paso acariciar mi pelo, hacia el costado, incólume, ordenado. Y así orientar mi andar a la escuela.

Escenas grabadas de una estrechez infantil, testigos de mi vida a tropezones. La miseria, la carencia, la escasez, fieles enemigas que me recuerdan cada tanto quien soy. Gracias a ellas conocí las diferencias, supe de las distancias, amé la superación y viví mis sueños. Por ellas me volví creativo, inteligente e ingenioso. Por eso, no quiero contemplar la miseria de reojo. No acepto olvidarme de ella. Prefiero, mirarla profunda y directamente a los ojos. No pretendo menospreciarla con una mueca disimulada, quiero sonreírle con respeto y satisfacción. Hoy ya no le hablo en secreto, pero reconozco que grito de orgullo.

Entre una caricia y una bofetada mágica, la miseria me refresca cada tanto, como se hace para tener los pies en la tierra. Equilibrados. Firmes. Y en esta reflexión salpicada de humildad, maduro de a ratos y juego constantemente a coquetearle a la vida.